

Impreso y sellado

La historia de este hombre es la de la comunidad de Przemysl, una localidad fronteriza entre Polonia y Ucrania, y que pasó de mal a peor en un ir y venir de alemanes y rusos. Horszowsky se escapó de un tren que lo llevaba al crematorio, para luego enterarse de que ese hecho había conducido a la muerte a la persona que más amaba.

Particularmente doloroso fue cuando, en medio del fragor del trabajo en la imprenta, vio por la ventana cómo se llevaban a su hermana Regina y a su cuñado. Era el año 42, y pronto vería cómo se destruía su familia camino a Bélzec, hasta que se quedó solo con su esposa y sus suegros.

En una situación de muerte al voleo, a cada cual le llega su hora. En 1944, cuando ya los alemanes sentían que la guerra estaba terminando, Stephan llegó al trabajo y en vez de imprimir recibió la orden de desmontar la imprenta. Aquello implicaba que, al perder el trabajo, se haría innecesario para el régimen nazi. La hora llegó y tuvo que montarse en el tren, no sin antes prometerle a su Rosalía que volvería.

La máquina inició el largo camino hacia la muerte, y en la mente de Stephan sólo estaba cómo cumplir con lo que había prometido, así que le pidió permiso a un guardia para ir al baño, y en pleno vaivén de la locomotora en marcha se lanzó de ella para iniciar el camino de 80 kilómetros que había recorrido.

Huyendo de noche por los bosques, y con la ayuda de algunos caritativos campesinos ucranianos, llegó a la ciudad. Buscó a un amigo gentil para que le diera refugio, hasta que se acercó a lo que había sido su casa días atrás: los alemanes habían recibido un telegrama que notificaba su huida y, en represalia, mataron a Rosalía y a sus suegros.

CADA NOCHE, RECUERDO

Al enterarse de que su joven esposa había muerto, y que su promesa había sido en vano, Stephan volvió a casa de su amigo ucraniano, y éste lo envió a una finca, propiedad de la familia de la hermana de éste, y allí vivió escondido en el cobertizo durante seis meses. «El esposo de esa mujer, que tenía por nombre Román, se emborrachaba de noche y se ponía a vociferar. Entre las cosas que decía era que me iba a matar, porque yo ponía en peligro la vida la familia... Sin embargo, nunca lo hizo y yo pasé siete meses acostado en una cama sin salir a ningún lado».

El medio año sin actividad y una alimentación escasa hicieron mella en la salud de Stephan. Cuando los rusos finalmente llegaron al área de Przemysl, Román, el mismo que decía que lo iba a matar, lo llevó a un hospital donde pasó seis meses más, donde un ex compañero polaco del liceo, ahora convertido en médico, se empeñó en salvarle la vida.

Como todos los que sobrevivieron, trató de volver a su ciudad natal en busca de parientes vivos. En una calle vio a un señor de apellido Tratner, a quien había conocido en los tiempos en que en Lémborg se iba a los cafés o se cortejaba a las muchachas que salían de la sinagoga. Ese amigo le habló de que había visto a Israel, el hermano de Stephan, con quien se encontró finalmente al poco tiempo.

34 De Lémborg pasó a Lublín junto a su hermano, luego a Varsovia y finalmente a Lodz. «Allí conocí a Ana, mi actual esposa, también sobreviviente del Holocausto. Decidimos entonces que no nos quedaríamos en Polonia, porque había posibilidad de que se repitieran estos hechos (...) Yo tenía familia en Francia y hacia allí nos trasladamos. En ese país conseguimos papeles que nos certificaban como católicos y con ellos llegamos a Estados Unidos».

Sin embargo, la América que ellos soñaron no compartía con ellos el sueño de acogerlos. Estados Unidos los recibió en calidad de tránsito, y como tenían un amigo en un exótico paraje llamado Venezuela, que podría aceptarlos, decidieron arriesgarse. En Nueva York adquirieron una maquinaria para el trabajo del repujado del cuero o marroquinería, y con este aparato llegaron a Caracas, donde comenzaron una vida nueva, que se completaría con la llegada de Luis, nacido a principios de la década del 50.

- «Cuando uno es joven sólo piensa en el futuro; cuando se es viejo, es el pasado el que lo obsesiona a uno (...) Yo no he olvidado nada... cada noche, recuerdo. Sueño con esos días, con lo que viví, con la cara de la gente que se quedó allí, a manos de esas bestias humanas», dice Stephan, mientras la tarde se hace noche y la ciudad de Caracas se va hundiendo en su estupor de lodo y luces de neón, que se adivinan a lo lejos desde la ventana de su casa y que se hunden en las arrugas de su rostro: arrugas del tiempo y de dolor.

